

INSPECTORIA SAN FRANCISCO JAVIER
BAHIA BLANCA (R. Argentina)



PADRE FLORINDO ZANDONELLA

Bahía Blanca, 4 de noviembre de 1976

Queridos hermanos:

Les comunico el fallecimiento del misionero SACERDOTE FLORINDO ZANDONELLA en Bahía Blanca, la mañana del 16 de septiembre.

No lo podíamos dejar lejos de Chos Malal y de su misión, lejos de esa tierra que ya era su patria. Cuando falleció, pocos minutos después de haber saludado a su sobrino salesiano el P. Sabino Zandonella, llegado en esos momentos de Neuquén (y a quien parecería hubiese estado aguardando, para morir . . .), comprendimos enseguida que debíamos hacerlo regresar en medio de los "suyos", a su misión. Lo había deseado tanto en su última enfermedad. Había sido su tormento el no poder volver. Había preguntado tantas veces cuándo le sería permitido regresar. Entre paredes se había sentido como ahogado. Había añorado continuamente su gente y su cordillera. Había programado con su Obispo, Mons. De Nevares, que le había regalado una larga y consoladora visita veinte días antes, hasta la fecha misma de la bendición de la capilla de Barrancos, en el extremo norte de Neuquén. La capilla que fue su último sueño, su última gran empresa. Había conseguido para ella la estatua de la virgen del Carmen. Había hecho empaquetar (las hermanas del sanatorio quisieron hacerlo

todo en su habitación y delante de él . . .) las flores artificiales para adornarla. Por esa capilla (como por las varias otras que construyó y refaccionó en su misión) había hecho de todo: había acarreado las bolsas de cemento, la arena, el pedregullo . . . Había trabajado con su gente, levantando al mismo tiempo la iglesia de ladrillos y la iglesia de los hombres. Allí, a Barrancas, había vuelto ya, una última vez, aun después de saber que su enfermedad no tenía —humanamente— esperanza alguna de curación. Y se había quedado allá, dirigiendo los trabajos y soportando las incomodidades del lugar y las inclemencias de la estación. Hasta que no pudo más. No sabía rendirse, el P. Florindo. Ni ante el trabajo, ni ante el viento de la cordillera, ni ante el frío. Mucho menos ante la montaña y ante la falta de caminos. Con su jeep, habituado a todos los posibles contratiempos (también a bajar sin frenos por un camino en acentuada pendiente) llegaba hasta donde se acababan los senderos, y luego proseguía a caballo: hasta los parajes en que nosotros no imaginamos que puedan vivir seres humanos.

Pero él sí, lo sabía, e iba a su encuentro. Indomable y tenaz, no quiso rendirse ni ante la enfermedad, que él habría querido dominar con

su voluntad, ni ante los vómitos que en los últimos tiempos se repitieron frecuentemente, indicando a las claras lo que le estaba aguardando.

La voluntad de vivir y de trabajar lo llevó a implorar con insistencia su curación en Fortín Mercedes. Durante la misa y en el ofertorio en la capillita del Fortín, había expuesto en voz alta su petición, dejándola en manos de Dios. Pero los planes de Dios eran otros. Todos vimos que al P. Florindo le costó, humanamente, aceptarlos. Porque él había nacido para trabajar: el trabajo había sido su fuerte, su mística, su razón de vivir. También el trabajo material: pintar, revocar, construir. Y no menos, el trabajo apostólico: enseñar catecismo, visitar a sus gentes, evangelizar. A todo esto aludía muy bien el Arzobispo de Salta, Mons. Pérez, que lo había conocido de cerca, en el telegrama que nos mandó el día de su fallecimiento: "Estoy convencido de que la muerte del P. Zandonella, heroico trabajador, es un día de gloria para la congregación".

Y fue ciertamente un día de gloria, en el dolor, para Chos Malal el día de la llegada de sus restos y de las exequias. Habíamos ya concelebrado muchos sacerdotes en Bahía Blanca ante su cuerpo, con la presencia también de alumnos y alumnas de los colegios de Bahía. También en Neuquén, esa misma noche, presididos por el Obispo Diocesano Mons. de Nevaes. Pero cuando al día siguiente llegamos con el P. Gardín acompañando los restos a Chos Malal, los chicos de la escuela de frontera lo aguardaban en dos alas frente a la plaza, y lo esperaban también el pueblo y las autoridades. Decretaron feriado para esa tarde. Rodeado por muchos salesianos y párrocos de cerca y de lejos, por una gran cantidad de gente y por una multitud de chicos, lo llevamos al cementerio, donde hablaron para despedirlo el intendente, el director de una escuela y un sacerdote diocesano en representación de todos los demás. Había representantes de muchas de sus comunidades, venidos de lejos a pesar de las no fáciles ni frecuentes combinaciones de transportes. Un largo cortejo, una expresión de religiosidad, de fe y de esperanza de un pueblo y de una comarca.

El P. Florindo Zandonella había nacido en Dosoledo, provincia de Belluno, Italia, el 31 de mayo de 1909, hijo de Juan Zandonella Callegher y María Zannantoni que formaron una numerosa y cristiana familia. Cursó los estudios primarios en su pueblo natal. Frecuentó por un año el seminario diocesano de Feltre. De allí pasó al Oratorio de Turín donde cursó los tres años del gimnasio. Hizo el aspirantado en Trento (1927-1928) y el noviciado en el Colegio Manfredini de

Este. Recibió el hábito clerical de manos del Siervo de Dios D. Felipe Rinaldi e hizo su primera profesión el 1º de septiembre de 1929. Se incorporó luego a esta Inspectoría de Bahía Blanca, hizo su profesión perpetua en Fortín Mercedes (1935) y sus estudios de teología en Villada (1937-1940). Recibió el presbiterado el 24 de noviembre de 1940.

Trabajó en Cicolletti (1943), Viedma (1944-1949), Comodoro (1950-56) y Trelew (1957-62). Durante esta permanencia en el Chubut el P. Florindo daba clase durante el año y misionaba en vacaciones. En 1963 fué párroco en Stefanelli y desde 1964 trabajó ininterrumpidamente en la zona de Chos Malal, que recorrió con constancia y sacrificio en todas sus direcciones: Buta Ranquil, Barrancas, Chapúa, Tricao-Malal, Cancha Huinganco, Andacollo, Las Ovejas, Taquimilán, Naunauco, Colipilli y otro docena de parajes lo vieron llegar y quedarse en medio de ellos, y se encariñaron con él: "El Padrecito se ha hecho a nosotros y nosotros nos hemos hecho a él" decía una anciana de la misión interpretando el sentir de la gente. El Padrecito era de veras "de ellos". Y para él, ellos eran su verdadera familia.

Al descubrirse las primeras manifestaciones de su enfermedad, se le ofreció la posibilidad de un viaje a Italia para ver a sus hermanos en la tierra natal y descansar un poco allá. Pero él prefirió quedarse con su familia de adopción. Temió quizás que la muerte lo sorprendiera "descansado"? Temió tener que esperar la resurrección final lejos del lugar y de la gente a quien él enseñó a esperar?

Por eso lo quisimos "restituir a su tierra". Y allá en la tierra del cementerio de Chos Malal, junto a las tres cruces de los heroicos misioneros que lo precedieron en el trabajo, estará también la suya, señalando el cielo, y bien plantada en esa tierra cuya austera belleza él supo gustar. El admiró también las virtudes de esa gente, su fe en la pobreza y las expresiones de su religiosidad; la devoción a un enfermo distante; la asiduidad de las familias en acudir desde lejos y quedarse con él todo el tiempo que duraba su misión; la hospitalidad de los paisanos al recibirlo en su casa; la bondad de los maestros del campo en abrirle las puertas de la escuela . . .

En Chacay Meleue ("El Alamito"), él había construido con la gente otra capilla que dedicó —quizás la primera en la congregación— a D. Miguel Rúa, al poco tiempo de su beatificación, e hizo pintar a una artista de la zona un hermoso cuadro tamaño natural del Beato, con la capilla y el alamito a sus pies.

P. Florindo: Misionero y constructor, incansable para dar catecismo, tenaz y firme en sus propósitos, trabajador sin vacaciones, atento a los necesitados y a los pobres (cuánto extrañarán ellos sus visitas!), fiel a la oración, a la recepción del sacramento de la reconciliación y a la celebración de la Eucaristía, devoto de la Virgen María Auxiliadora . . . Una corteza rústica que escondía una fe cristiana; una tosquedad en el trato que no quería dejar transparentar sus emociones profundas; un temperamento naturalmente impetuoso y obstinado que aumentaba la llama de su amor a la Iglesia y a la Congregación. Resistente, sufrido, sacrificado, poco amigo de matices, sumamente delicado en su hablar y en sus costumbres. Tan parecido a las rocas y a las montañas de la tierra de su misión.

Un sacerdote que lo asistía le preguntó en sus últimos momentos cuál era su oración preferida. Y él respondió con un hilo de voz: "Jesús,

María, José . . ." Fué quizás la última oración que pronunció en voz alta: con ella concluyó una vida en la que millares de veces, con su voz robusta, había invocado y hecho invocar a la gente del pueblo los nombres de Jesús y de quienes vivieron más cerca de El.

Que la oración con que deseamos sufragar su alma sea acompañada con el pedido a Dios de salesianos tenazmente aferrados a su vocación postólica, como el P. Florindo. Y llegue la gratitud de todos nosotros a quienes supieron atenderlo con cariño en su enfermedad, sobre todo a los Doctores Regino Alvarez, Vicente Sofía, Omar Pezzutti, Horacio Balza y Alfredo Vazquez.

Cordialmente en D. Bosco

SAC. JUAN CANTINI
Inspector

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sac. ZANDONELLA FLORINDO, nacido en Dosoledo, Belluno,

Italia, el 31 de mayo de 1909; muerto en Bahía Blanca, Argentina, el 16 de septiembre de 1976, a los 67 años, 47 de profesión, 35 de sacerdocio.

